

## Aprender desde el sentipensar de los pueblos

José Javier Capera<sup>1</sup>

La sociedad del siglo XXI se debate entre la esperanza de construir tiempos de paz o seguir profundizando en la brecha de la miseria, violencia y exterminio que viven los pueblos del mundo. La tarea de fortalecer los tejidos socioculturales de pacificación, como un camino orientado a la posibilidad de construir otros mundos posibles desde abajo y en el marco del sentipensar de los territorios, responde a una lógica de amplia duración.

La vocación de servir representa una luz en medio de los antivalores de indiferencia, negación y ceguera colectiva frente al dolor, que vive el prójimo desde su propia existencia. El llamado de ir a contrapelo de la sociedad de consumo y la era desinformada de comunicación, pareciera otra utopía difícil de materializar. En efecto, el llamado del papa Francisco en la reciente encíclica titulada “*fratelli tutti*”, consiste en mirar al reverso de lo que históricamente han hecho los grupos tradicionales del poder.

El pensar y hacer basado en la capacidad de construir otras sociedades, en donde impere el sentido ético-político de optar bajo la opción preferencial por los más necesitados, el cuidado de la casa común y la defensa de la vida ante cualquier expresión de violencia estructural, devela el largo camino de hacer del evangelio un modelo a seguir sobre la vocación de proteger, amar y servir a los sectores excluidos de la sociedad neoliberal y por los gobiernos que, cada vez más, han desmantelado la esfera pública – privada de los Estados modernos.

En este sentido, el mensaje de amar la diferencia y optar por el respeto a las diversas formas

---

<sup>1</sup>Doctorante en Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana (México). Maestro en sociología política del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Politólogo de la Universidad del Tolima. Analista político y columnista del periódico el Nuevo Día (Colombia) y Rebelión.org (España). Correo: [caperafigueroa@gmail.com](mailto:caperafigueroa@gmail.com) - <http://josecaperafigueroa.blogspot.mx/>

de pensar, creer, amar y convivir conlleva a optar por una postura crítica y alternativa frente a los esquemas modernos, dado que con el paso del tiempo han sido instrumentos utilizados para profundizar en las brechas de las desigualdades, injusticias y desilusión que viven las naciones del mundo.

La palabra hecha acción simboliza el imperativo de una teología más cercana al cuidado de la humanidad, en donde la madre tierra simboliza la ruta para revitalizarla y optar por el buen vivir en las comunidades. Así pues, la defensa de la vida, la tierra, la autonomía y el territorio, basada en la pedagogía de las paces, implica una elección acentuada por el camino de sociedades en equilibrio, encargadas de anunciar la paz como la ruta posible, necesaria y urgente en medio de las situaciones de despojo, violencia y exterminio al interior de las comunidades.

La noción de superar la cultura de la rapidación /inmediatez, propia de las dinámicas volátiles de la era de las comunicaciones, responde al llamado de cuidar los ancestros, la sabiduría de los pueblos y la configuración cósmica de las sociedades, en donde se respete los usos, costumbres, memorias y archivos que significan la conservación, pluralidad y saberes constitutivos de la identidad, obra y vida de las comunidades en el mundo.

Desde esta perspectiva, el Pacto Educativo Global, promovido por el papa Francisco, toma vigencia en un mundo con rostro desbocado y cuerpo des-configurado. Aquí, el dolor de las víctimas, la memoria perdida de los grupos tradicionales y la desilusión de los necesitados representan caminos necesarios de repensar y buscar alternativas, a partir de su propia condición, ante la humanidad fría, indolente y sometida al control, producto de la principal máquina de la deshumanización, la necesidad y crisis espiritual que viven hombres y mujeres.

El proyecto de impulsar los diálogos interculturales de las comunidades, actores y movimientos ante los diferentes sectores socio-políticos, culturales y económicos, implica actuar, pensar y construir desde los pueblos que resisten ante las diversas formas de violencia estructurales,

resultado de la desbocada época de crisis civilizatoria. La tarea de fortalecer los tejidos comunales, como principio constitutivo de paces, refleja el sentipensar de las comunidades en búsqueda del buen vivir al interior de lo público.

En efecto, la iniciativa del gran Pacto Educativo Global se instituye en una estrategia orientada a superar las amplias brechas de diferenciación sociocultural, sin negar o invisibilizar la otredad. En donde se consiga configurar narrativas de resolución de conflictos, diálogos interculturales y construcción de otras epistemologías basadas en el cuidado, respeto, vida y autonomía de la madre tierra en relación con los seres humanos (hombre/mujeres).

No se podría reflexionar en la tarea de construir un Pacto Educativo Global de no contemplar la diversidad espiritual, social, cultura, étnica, sexual y política, siendo el punto de inflexión en donde emerge un pensamiento, desde abajo, que pone como centro de la vida al ser humano en sus diversas expresiones en comunidad. La capacidad de tejer redes de solidaridad y establecer relaciones de interacción, de forma holística y horizontal, implica una iniciativa de larga duración en tiempo, espacio y realidad, basadas en la iniciativa de fortalecer la pluralidad de saberes a partir de la ecología de otros mundos al interior de los territorios.

En últimas, la apuesta promovida por su santidad el papa Francisco, en medio de la pandemia Covid-19, asume relevancia al ser un planteamiento que apela a lo comunal en contravía de las formas de exclusión, control y dominación que históricamente han impuesto los grupos de poderes tradicionales. No obstante, la propuesta no es aislada y está articulada con los tiempos de crisis sistémica y violencias múltiples que enfrentan los pueblos, movimientos, mujeres, migrantes y comunidades oprimidas, ante el derecho de vivir bien y bajo los pilares del cristianismo en su esencia de cristalizar la dignidad humana y optar por el equilibrio de nuestra casa común, la madre tierra.